

Prefacio a la edición de *Poemas escogidos* de Ilarie Voronca (1956)

Tristan Tzara

Traducción: Jorge Fernández Granados

Llega una época donde el conocimiento que uno tiene de la duración del tiempo, por los vacíos que aparecen en su trayecto, lo mismo que las ausencias, toma una forma aguda que se confunde con la propia conciencia de la vida.

Es así que la noción de vida, para cumplirse plenamente, debe codearse con la muerte, y la de los amigos queda como una parte del propio universo jamás destruida ni aniquilada del todo.

Hace ya diez años que Ilarie Voronca no está entre nosotros. Jamás fervor alguno fue más caluroso que el suyo: se sentía hermano de quienes conocía y de quienes no; pero también hermano de animales y cosas, de libros y ciudades, de la esperanza y la desgracia.

Es este don de profunda fraternidad que impregnó en cada uno de quienes lo quisieron lo que deja el sentimiento de que una parte de nosotros mismos se fue con su muerte.

Este entusiasmo que lo animaba, que era la estructura misma de su personalidad, confundía en una sola aprehensión el mundo de sus sueños y el que le daba cuerpo. Con plena conciencia de esta fusión mágica y supremamente humana, igual que para Maiakovski en otro tiempo, para él también *la barca del amor naufragó contra la vida cotidiana*.

Esta trágica llamada al orden de las cosas y los seres que, de un tiempo a otro y al precio de su vida, los poetas se encargan de lanzar como una protesta contra la indiferencia y la estrechez comunes, posee la virtud de devolver nuestra atención a la materia inestable de la cual están hechos los sufrimientos y la inseguridad del hombre.

Al leer la obra de Voronca, uno puede perderse en conjeturas sobre las razones que lo hicieron romper con esta vida que él quería elevar a la altura de una imagen de alegría y amor.

Sus poemas son el testimonio, tan auténtico, de la clamorosa simpatía humana que irradiaba. Es necesario creer que sus razones fueron engendradas por la pureza misma de las aspiraciones del poeta. Al final de un dolor oculto tropezó con ellas, como si la imposibilidad de contenerlas fuera el encuentro contra un muro. De esta manera, aún es a un poeta a quien incumbe probar la incompatibilidad entre el sueño y la vida, cuando ésta ha sido dispuesta para mutilar su impulso profundo hacia un porvenir armonioso.

No hay lección que extraer de un drama individual que en su trayectoria encierra sus pormenores, su claridad cegadora y su oscuridad ante la razón. Puede, sin embargo, afirmarse que la desesperación tomó para Voronca las dimensiones de su muy poderoso optimismo, y desbordó los límites de esa apasionada búsqueda de la verdad que numerosos poetas han convertido en regla de vida.

La soledad a la que la sociedad condena al hombre es particularmente sensible al poeta, para quien la fragilidad de la vida es el resultado de las condiciones morales y materiales que le sirven de soporte. El título del último libro de Voronca, *Contre-Solitude*, nos advierte de ese mal inherente al poeta, y los poemas que contiene son el fruto de sus meditaciones sobre el remedio que no podría estar en otra parte que en la transformación radical de las condiciones de la existencia y en la reducción de las antinomias entre el individuo y la sociedad. Después de haber recorrido las etapas de la poesía post-apollineriana, la poesía de Voronca terminó por extraer la plenitud de su sentido en la acción. Su tendencia se vincula a la tradición de progreso y de justicia que desde el Romanticismo impregnó fuertemente una de las corrientes más fértiles de la poesía en Francia.

Numerosos son los que encontraron en la lucha sobre este terreno, si no una solución, por lo menos una vía de salida posible a sus contradicciones y a la oposición entre el sueño y la acción. Sin embargo, su esperanza en el camino de la victoria no siempre sabría seguir una línea sin obstáculos. El reino de la sensibilidad y el de la acción tienen en común que son, para cada uno de nosotros, objetos de constante conquista; amenazados incesantemente por el deterioro, por la ruptura del equilibrio, es a cada momento que se trata de superar las insuficiencias, de reducir las

invasiones de la duda y las de los acontecimientos. Pero si hay vencidos no es a la falta de valor a la que es necesario imputar su fin prematuro, si no más bien a la áspera sinceridad con la cual libraron batalla.

En la plena dignidad de su fuerza, Voronca cayó sobre el campo de la vida cotidiana donde el combate por la claridad se lleva a cabo con armas secretas, invisibles pero devastadoras. El recuerdo que guardamos de él lo sitúa como uno de los mejores. Confirma la rectitud de nuestras luchas que también fueron las suyas.

El más bello homenaje que puede rendirse a los sufrimientos del poeta es el de saberlos fecundos para quienes creen en el esplendor de la vida.